

lor Anto-  
costó la  
humo de  
particular.  
n con vi-  
chos, para  
toria na-

ion

1067.

de baile  
stido de  
túnica y  
El ancho  
va real-  
frunci-  
puntillas  
, orilla-  
puntilla.  
erpo lle-  
análogo.  
res y ra-  
uales en  
es blan-  
n pulse-  
r de oro

traje de  
o para  
-Vesti-  
da gris,  
ta y tú-  
delan-  
minadas  
necidas  
ado de  
ado de  
ada. El  
bien de

ello.

recioso  
con el  
ritoras  
licion.

ta

ta

ta

ta



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 12. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Marzo 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

| PRIMERA EDICION.<br>DE LUJO Ó COMPLETA.   |  | SEGUNDA EDICION.<br>ECONÓMICA.   |  | TERCERA EDICION.<br>ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.    |  | CUARTA EDICION.<br>ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.   |  |
|---|--|--|--|---|--|--|--|
| Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos. |  | Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural. |  | Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados. |  | Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural. |  |
| MADRID.   |  | MADRID.  |  | MADRID Y PROVINCIAS.  |  | Haciendo la suscripción por medio de los Correos.                                      |  |
| Un año... 30,00 ptas.   |  | Un año... 18,00 ptas.  |  | Un año... 13,00 pesetas.                                    |  | Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:            |  |
| Seis meses... 15,50 *   |  | Seis meses... 9,50 *   |  | Seis meses... 7,00 *  |  | Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.  |  |
| Tres meses... 8,00 *  |  | Tres meses... 5,00 *   |  | Tres meses... 3,50 *  |  | Provincias: Tres meses, 5,00 id.   |  |
| Un mes... 3,00 *  |  | Un mes... 2,00 *   |  | Un mes... 1,25 *  |  | Provincias: Tres meses, 4,50 id.   |  |

#### SUMARIO.

Los Saboyanos, por Ángela Grassi. — ¡Merece ambicionarse la gloria de muchos hombres célebres! por Florencio Janer. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — La campana de la venganza, por J. F. San Martín y Aguirre. — Rio Janeiro, por C. — Visiones y recuerdos, por Teodoro Bullenger. — Una flor, muchas espinas, poesía, por Antonio Pérez Velasco. — A R., poesía, por Bernardo Fernández Miguel. — El anti-az de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza. — Explicación del figurin. — Variedades: El apterix. — Correspondencia. — Charada.

GRABADOS. — Los saboyanos. — Las glorias maternas. — Vista de Rio Janeiro. — El apterix.

#### LOS SABOYANOS.

El lindo estudio moral que publicamos en números anteriores, debido á la pluma de la tierna escritora francesa, Nancy Fleury, nos ha inspirado la idea de ofrecer á nuestras lectoras el adjunto grabado, que representa un grupo de esos animosos hijos de los Abruzzos, que recorren nuestras ciudades y nuestros campos para recoger algunos óbolos que llevan luego á su país, y sirven de lenitivo á la miseria en que yacen sus padres y sus hermanos. Con la indiferencia propia de la primera edad, desafían el calor y el frío, el sol y la lluvia, y cantan y bailan y rien, á pesar del hambre que á veces tortura sus entrañas. ¡Ah, pobres niños, separados de sus madres, cuando debían vivificarse al calor de su regazo! ¡Ah pobres madres, obligadas por la miseria á separarse de sus hijos!

Para ellas las primeras brisas tibias, las primeras violetas perfumadas, son precursoras de llanto y de amargura. La naturaleza se viste de gala, y ellas se visten de luto; todo renace en torno suyo, y en su corazón sólo renacen lágrimas, acaso vertidas en la anterior primavera por la misma causa.

El día destinado á la marcha de los pequeños viajeros, es un día de desconsuelo en la comarca. Con su palito al hombro, del que pende todo su equipaje, con su instrumento ó su mono sábio debajo del brazo, franquean todos juntos las postreras colinas de sus montañas, adónde los han seguido sus padres y sus parientes. ¡Cómo pintar la escena conmovedora que ofrece la última suprema despedida! El anciano sacerdote bendice á los pequeños y conforta á las mujeres, mientras los hombres pálidos, trémulos y azorados, intentan en vano hacer frente al dolor que los subyuga. Ayes, sollozos, plegarias, acompañan á los amantes besos, á los tiernísimos abrazos, y ya están lejos los inocentes viajeros que aun los ecos repiten de monte en monte y de valle en valle aquel triste concierto de lamentos.

Ah, pobres niños! ¡qué será de vosotros en vuestra peregrinación lenta y dolorosa! ¡Os cobijará el ángel del mal bajo sus negras alas? ¡Os dormireis rendidos de fatiga á los bordes del camino, para que el ángel del bien, que vela vuestro sueño, os transporte consigo al paraíso?

Ah, tristes saboyanitos, que por carecer de todo, careceis hasta de madre! ¡Sois como avecillas expulsadas del nido, cuando todavía no están defendidas por las plu-

mas! ¡Ah, que hasta el mismo Salvador del mundo al apurar el amargo cáliz, al espirar sobre la cruz, tuvo al menos el consuelo de fijar sus ojos en los amantes ojos de su madre!

¡Así, me es imposible expresar con palabras el profundísimo sentimiento de conmiseración que se apodera de mi alma, al contemplar á esos pequeños seres que vagan cantando por las calles, sin que la multitud afanosa que

tos lujosamente amueblados, para preservarlos del aire que los rodea de caprichosos juguetes y exquisitas golosinas para alegrarlos y entretenerlos!

Señoras, vosotras á quienes no hace muchos días dirigí mi humilde voz, para exhortaros á ensalzar la sacrosanta Cruz, áncora salvadora de los naufragos de la vida; vosotras, que sois las depositarias de las tiernas y suaves virtudes; vosotras, en cuyas manos ha puesto la Providencia el bienestar moral de los pueblos; vosotras, por fin, bellas y poéticas creaciones que os alimentais de amor y caridad, no excluyais de vuestros beneficios á esos inocentillos, tendedles una mano bondadosa, protegédlos, amparadlos.

Pensad en sus madres que lloran en sus apartadas chozas, que se estremecen al oír los bramidos del viento ó el estrépito de la lluvia, temblando por sus queridos ausentes; que postradas delante de la imagen de María, oran por ellos y por las almas compasivas que les dan una limosna.

¡Pensad en ellas las que habeis tenido la dicha inmensa de oír el nombre de madre pronunciado por labios infantiles!

La gran familia cristiana es solidaria entre sí por medio de la caridad y la fé; María es el dulce lazo que une entre sí á todas las madres de la tierra. A la Madre del Salvador divino convergen todas las preces que se exhalan del corazón atribulado de las madres.

Vosotras, las que lo sois, compadeceos de los miseros desterrados de su patria y de su hogar, y las preces de las madres saboyanas subirán al trono de María, y María convirtiéndolas en flores de gracia, adornará con ellas la frente de vuestros hijos!

ANGELA GRASSI.

#### ¿Merece ambicionarse la gloria de muchos hombres célebres?

Al considerar las ingratitudes con que los contemporáneos y la posteridad han pagado á los hombres ilustres los beneficios que de ellos recibieron, nos hemos preguntado mil veces: ¿merece ambicionarse la gloria de muchos hombres célebres?

Rara vez, en efecto, obtuvieron los hombres célebres el premio á que se hicieron acreedores. Ellos son, sin embargo, los que levantan la aureola de gloria con que la patria se ve enaltecida y honrada ante las naciones cultas; ellos los que cubren de fecundos recuerdos el pasado del país que les vió nacer; los hombres ilustres, en fin, son los promovedores de la civilización por la que tanto se afanan las sociedades modernas. Y no obstante de los eminentes servicios prestados por esos seres privilegiados, á la religión, á la política, á las ciencias, á las letras, á las artes, á todo lo que constituye el bienestar y la cultura de un pueblo, el inapreciable valor de su mérito se ha puesto mil veces en tela de juicio,



#### LOS SABOYANOS.

va y viene á sus negocios, fije en ellos su atención, ó que cuando más los acoge con una sonrisa de burla y menosprecio.

Y sin embargo, entre esa muchedumbre que así cierra su pecho á la dulce compasión, se hallarán algunas madres que guarden á sus queridos pequeños en aposen-

Ayuntamiento de Madrid



cuando no se ha atraído la animadversión ó el olvido más completo. ¿No han llevado también muchos hombres ilustres una existencia azarosa, como si el genio estuviese condenado siempre á combatir contra la emulación, contra la envidia y la ignorancia?

Miguel de Cervantes, pereciendo sin un pedazo de pan, al par que legaba á su país una de las primeras joyas del mundo literario; Cristóbal Colon, aherrojado, y pidiendo se encerrasen en su tumba, junto á su cadáver, las cadenas con que se premiaron sus descubrimientos y conquistas, son los testimonios más elocuentes y terribles de la ingratitude de la sociedad para con sus hombres célebres.

Si recorriésemos las biografías de los hombres más ilustres, si sorprendiésemos los pensamientos más recónditos de su alma, si considerásemos desapasionadamente el papel que representaron en el mundo, nos convenceríamos de que ninguno había sido feliz, de que ninguno estuvo contento con su suerte, de que todos sufrieron amarguísimos desengaños, de que acaso todos se arrepintieron de haber servido á su patria como la sirvieron.

En la antigüedad, Aristóteles y Ciceron ya dieron por sabido que los hombres de mérito y de talento padecían inmensas tristezas. ¿Fue agradable el fin de este último, orador famosísimo, presentando desde su litera la cabeza al filo de enemiga espada?

Juan Jacobo Rousseau moria hecho un misántropo; Voltaire confesaba que nunca había estado verdaderamente alegre; Newton padecía la más negra hipocondría; Lutero se quejaba de que no tenía más que espigas en el corazón; Chateaubriand se fastidiaba en todas partes y odiaba á todo lo del mundo; Lord Byron se ponía á escribir para distraerse de las realidades; Napoleón I moria agobiado por las pesadumbres. Sería, en fin, interminable la serie de hombres ilustres que han muerto pobres, contristados, llenos de despecho, sin las palmas y laureles á que se habían hecho acreedores. Cuando conocieron la humanidad, ya era tarde.

Verdad es que muchos han sido celebrados y aplaudidos despues de muertos, pero todos esos hombres célebres aspiraban á ser respetados en vida ó á ser admirados despues de su existencia? ¿Qué era lo que podía interesarles más de cerca, más directamente, sufrir durante su vida ó ser algun tanto ensalzados despues de su muerte? ¿Merece, pues, ambicionarse seriamente la gloria de muchos hombres ilustres?

Si la gloria la dá el talento, y el talento es, como define el *Diccionario de la lengua castellana*, redactado por la Academia Española, "el caudal de dotes naturales ó sobrenaturales con que Dios enriquece á los hombres para que obren y los empleen en provecho del prógimo y de su conciencia," en este caso es indudable que todos los hombres que con sus estudios, sus descubrimientos ó su valor personal, han contribuido al bienestar de sus semejantes, merecen el aplauso de los pueblos. Pero dejar este aplauso tan legítimo y tan justo para la posteridad... triste consuelo!

Y ¡cuántos hombres ilustres han perecido desgraciadamente! El célebre Juan de Urbina termina su vida recibiendo una bala de arcabuz que le tiraron desde Hispelo en la guerra de Florencia. Garcilaso de la Vega perece al asaltar una fortaleza; D. Hugo de Moncada acaba sus dias en un combate naval; Francisco Pizarro es asesinado en Lima; Vasco Nuño de Balboa, que dió la vuelta al Darien, muere ejecutado en una plaza pública; Antonio Perez fallece en el destierro y Cervantes en la mayor miseria. Y lo mismo entre los políticos que entre los literatos, hay lastimosos ejemplos de vida borrascosa y desdichada. D. Alvaro de Luna acaba su portentosa carrera en un cadalso, sin poder eludir fin tan desastroso; y el gracioso Quevedo no supo evitar su reclusion en la villa de la Torre de Juan de Abad, ni los infinitos disgustos que le ocasionó su satírica pluma.

Es indudable, como se ha dicho muy bien, que todo hombre que viene al mundo con dotes mentales superiores, propende á desarrollarlas, á sacar de ellas el mejor partido posible. Ora cultive el arte, ora se dé á las ciencias, ora se exponga á las borrascas de la vida pública, trata de elevarse, de distinguirse, de fundar su celebridad; desea que su nombre brille á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad, sueña sin cesar en la gloria. Pero ¿vale esta gloria arrastrar una existencia miserable ó dejarse maltratar por la influencia y la soberbia de los poderosos? ¿No sería mejor dejarse de celebridad y de gloria, y vivir tranquilo? ¿No valdría mil veces más arrimar á un lado las honras mundanas, el anhelo de fama póstuma y tener paz y sosiego?

Hernán-Cortés, conquistador afortunado y prudente, que llevó á cabo las más arriesgadas empresas en países remotos y desconocidos, seguido de un centenar de fieles soldados, combatiendo contra los indígenas y sus mismos

émulos que de continuo ponían asechanzas á su vida, es una de las más grandes figuras del siglo de Carlos V, sobre todo cuando se le vé sumiso siempre á la autoridad real, por más que hubiese conquistado y dominase á su albedrío vastos territorios. Y no obstante, aquel hombre que tan inmensas riquezas pudo acaudalar, que tan imponderables servicios prestó á España, murió pobre y abandonado. Al verse rechazado de la corte, ántes de morir, cuando el emperador Carlos V, que no le conocía y no quería escucharle, le preguntó quién era, tuvo que contestar estas enérgicas cuanto verdaderas palabras: «¡Sabed que soy quien os ha dado más reinos que ciudades heredasteis de vuestros antepasados!»

Si hubiesen podido presumir, lo mismo Cervantes que Hernán-Cortés, cuál debía ser la gratitud que iban á merecer de sus contemporáneos, ¿hubiera escrito el célebre Manco de Lepanto su inimitable *Quijote*? ¿Hubiera el famoso conquistador de Méjico enriquecido á la nación española con nuevos y dilatados países?

FLORENCIO JANER.

## DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion.)

### X.

De otra oda sagrada del Sr. Bono Serrano, leida como las anteriores por el vate aragonés en la Academia de Apolo, copiamos los metros que siguen:

#### Á LA SANTA CRUZ.

Oh leño de esperanza,  
Que produjiste de salud el fruto,  
¿Quién de amor y alabanza  
Te negará el tributo?  
Diga tu prez el suelo,  
Respondiendo á los cánticos del cielo.

En tí de pies y manos  
Viendo clavado al Hijo del Eterno,  
Alientan los cristianos,  
Y del temido infierno  
A la saña y furoros  
Oponen tus auxilios vencedores.

Con el licor sagrado  
Que en raudales copiosos te enrojece,  
De Adán purificado  
La culpa desaparece;  
Que sangre es de templanza,  
No Abel, como la tuya de venganza.

Cual en astro luciente,  
Hoy su rostro en la Cruz mira risueño  
El Padre Omnipotente,  
Desarrugado el ceño  
Que estremeció iracundo  
A cielo y tierra y bátraro profundo.

Despues de otras seis estrofas que omitimos, continúa el vate religioso:

En su constante giro,  
Cuando fluctuen entre sí chocando  
Los orbes de záfiro,  
La creacion quedando  
Con fragor sepultada  
En el piélago inmenso de la nada,  
La Cruz resplandeciente  
Brillará más que el sol, rey de la esfera,  
Y á su luz la serpiente  
Que al hombre pervirtiera,  
Con la hueste precita  
Caerá bramando en la region maldita.

La oda termina con estas dos estrofas;

Signo de eterna vida,  
Arbol de redencion que salvó al mundo,  
No niegues acogida  
A mi dolor profundo:  
Que al varon de dolores  
En tí plugo morir por pecadores.  
Defiende, augusto pino,  
Defiende con tu sombra bienhechora  
A triste peregrino  
Que lloroso te adora,  
Dando gracia y consuelo  
Al desterrado mísero del cielo.

En Mayo de 1829 falleció en el real palacio de Aranjuez la reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia. Esta augusta señora, además de ser un modelo de virtudes

cristianas, era muy instruida, y protegió decididamente á D. Juan Bautista Arriaza, á Doña Vicenta Maturana, y otras personas que en España cultivaban las letras. Hizo más la digna hija del príncipe Maximiliano, y fué ocupar los momentos de ocio que le dejaban sus prácticas de devocion y obras de caridad en escribir versos castellanos, que eran leídos con gusto en toda la Península por los alumnos de las Musas. Todavía conservan algunos curiosos aficionados á las bellas letras las décimas que consagró la piadosa reina al *Santo Crucifijo del Pardo*, y la descripción que en el mismo metro hizo S. M. de los *Baños de Solan de Cabras*, y sobre todo los bellos endecasílabos que dirigió al rey su esposo, cuando salió el monarca de Madrid en 1827 con direccion á Cataluña para sofocar el fuego de la discordia que ardía en aquel Principado. Los poetas españoles lamentaron en sentido acento la prematura muerte de la malograda tercera esposa de Fernando VII. Los entusiastas jóvenes que habían fundado la *Academia de Apolo*, no podían permanecer mudos en aquella solemne ocasion, que tan de grado se prestaba á deplorar el infausto y doloroso fallecimiento de la ejemplarísima reina, cuyo glorioso nombre y edificante vida conservarían eternamente los anales de nuestra patria. Koska Vayo, Arolas, Palanca, Borg, Lamarca, Bono Serrano y casi todos los miembros de dicha juvenil corporacion, escribieron y publicaron versos en justo elogio de la difunta reina. Tendríamos un grato placer en copiarlos todos aquí; pero nos lo impide la brevedad, á que debemos ceñirnos. No obstante, creemos que no será desacertado dar á conocer á nuestros lectores un soneto del mencionado D. Luis Lamarca, que leemos impreso en el *Diario de Valencia*, sábado 23 de Mayo de 1829. Dice así:

#### Á LA MUERTE DE LA REINA NUESTRA SEÑORA.

"Que gima la virtud; amargo llanto  
"De Gades al Pirene inunde España;  
"El sitio de placer que Tajo baña,  
"Conviértase en morada de quebranto.  
"Llore el monarca excelso cuyo manto  
"Cubre dos mundos; sáciese mi saña,  
"Y el filo destructor de mi guadaña  
"Derrame por Iberia horror y espanto."  
Dijo la Muerte, y su ominoso vuelo  
Lleva al alcázar, do al dolor rendida  
Yace la gloria del hispano suelo:  
Al ver la magestad... despavorida  
Tiembla... mas ay, lo decretaba el cielo!  
Fulmina el golpe, y huye estremecida.

El Sr. Bono Serrano, despues de leer en la citada Academia una oda elegiaca al mismo asunto, la publicó en Valencia en una hoja suelta, con cuyo motivo corrió de mano en mano entre los aficionados á las Musas, que eran muchos entónces, como siempre lo son en la ilustrada patria de Gaspar Gil Polo y de Luis Vives, y de tantos otros literatos y vates con que se envanece España. Dicha oda comienza de este modo:

Llora conmigo, llora,  
Infausta mensajera de pesares;  
Tú, que lira sonora  
Desdeñas y festines y cantares;  
Amiga del gemido,  
Que consuelas llorando al afligido.  
Al fatal monumento  
Ven, Musa del dolor, donde se encierra  
La que fué el ornamento  
Y el amor y delicias de la tierra:  
La reina bondadosa,  
Que del olvido en la mansion reposa.  
¿Ves, augusta matrona,  
Que en vez del régio esplendoroso manto  
Del cetro y la corona,  
Arreos viste de viudez y llanto,  
Y al exhalar su pena,  
De asombro y luto al universo llena?  
Es la España de duelo,  
Que al pié solloza del sepulcro oscuro,  
Sin encontrar consuelo  
Por el fallecimiento prematuro  
De princesa querida,  
En sus verdes arborescencias fenecida.  
La España sin ventura,  
Que al contemplar postrada la inocencia  
En lecho de amargura,  
Víctima de mortífera dolencia,  
La amenazante mano  
Detener de la Parca intentó en vano.

Despues de una estrofa, que omitimos por la brevedad, continúa el poeta:



Cual se eclipsa la aurora  
Al estrechar en fraternal abrazo  
Al sol que la enamora,  
Nueva luz adquiriendo en su regazo,  
Amalia espira en calma,  
Y al seno del Señor vuela su alma.  
¡Qué cuadro de tristeza  
Su tálamo ostentoso nos ofrece!  
Noble ingenio, belleza,  
Juventud y esplendor, todo perece:  
Mas ay! la fé divina  
De su muerte las sombras ilumina.  
En filial desconsuelo  
Yace el pueblo leal del dos de Mayo,  
Desde el bélico suelo  
Hasta la egregia cuna de Pelayo,  
Hechos fuentes los ojos,  
Todos honran de Amalia los despojos.

Termina su composicion el vate aragonés con estos metros:

Y tú, Amalia inocente,  
Que miras á tus plantas las estrellas,  
Presta oído indulgente  
A nuestras melancólicas querellas,  
Por la España al Eterno  
Rogando siempre con amor materno.  
Y religiosa un día,  
De tus dotes en premio singulares,  
Quizá la pátria mia  
Erigirá magníficos altares,  
Do en vez de negro luto,  
Adoracion recibas por tributo.

DOMINGO HÉVIA.

(Se continuará.)

## LA CAMPANA DE LA VENGANZA.

(TRADICION ARAGONESA.)

### I.

Triste era el aspecto que presentaba Aragon por los años 1136.

Reinaba á la sazón D. Ramiro II, llamado el *Monje*, proclamado sucesor de su célebre hermano D. Alfonso el *Batallador*, merced á la influencia é intriga que ejercia en el reino D. Pedro Tizon, conde de Monteagudo.

Bondadoso y pacífico por naturaleza, sentábase bien el dictado de *Monje* (1) con que el pueblo le apellidaba, y por lo mismo siendo ageno á las discordias civiles que existian en su reino, no pudo ménos la nobleza de resentirse de la extraña conducta de su rey.

Las continuas guerras que la corona sostenia contra los moros y castellanos, hizo que algunos caballeros principales de la nobleza se acercasen al monarca á hacerle ver los desastrosos resultados de su indolencia; pero éste ensordecia á las justas quejas de sus nobles vasallos.

Mientras tanto los castellanos paseaban sus victoriosas armas por las fronteras de Aragon. Muchos nobles se retiraron á sus castillos pretendiendo defenderse por su propia cuenta, para lo cual organizaron sus mesnadas; pero como éstas generalmente se componian de ambiciosos aventureros que vivian del pillaje, no tardaron en dividirse en diferentes bandos, entregándose á intestinas luchas, que contribuyeron á empeorar el estado del reino.

Cansóse por fin D. Ramiro de las continuas quejas de sus pueblos, y convocó córtés en Huesca para ver de oponerse á los valientes guerreros castellanos; pronunció en ellas un discurso, en el que manifestó la idea de levantar un numeroso ejército, y terminó su arenga ofreciendo fabricar una gran campana, cuyo sonido se oyese en toda España; pero al oír esto la nobleza, dedujo que el rey en todo pensaba ménos en librar al reino de los peligros que le amenazaban, y convencidos de esto le abandonaron.

Entre tanto el rey de Castilla, aprovechándose del estado de desórden en que se hallaba Aragon, desplegó todas sus fuerzas, y apoderándose de algunos castillos de la frontera, penetró en el reino amenazando pasar á sangre y fuego á los pueblos que no se le rindiesen durante su tránsito.

### II.

Había trascurrido algun tiempo despues de las córtés celebradas por el rey *Monje*.

En un estrecho callejon de los que tanto abundan en la ciudad de Huesca, existia en aquella época un espa-

cioso edificio, que, á juzgar por la multitud de pajes y escuderos que transitaban por sus claustrales patios, denotaba pertenecer á algun personaje de las principales familias de la corte.

Y así era en verdad: aquel edificio, que orgulloso ostentaba sobre los arcos de sus puertas antiguos blasones, pertenecia nada ménos que al favorito del rey, D. Pedro Tizon, conde de Monteagudo.

En un retirado salon de su palacio, alumbrado opacamente por el ténue resplandor de una pesada lámpara de plata, sentado junto á una mesa, se hallaba éste conversando amigablemente con D. Ruy Perez de Pardo, nobilísimo personaje de la corte aragonesa.

A juzgar por la animada conversacion que seguian, algun asunto grave les preocupaba.

—Con que decís, D. Pedro,—decia D. Ruy,— que la reina os ha despreciado...

—Sí, D. Ruy, y por mi vida que lo siento!... Esta noche, merced al favor que disfruto en palacio, me he introducido secretamente en su cámara, y con todo el fuego de mi amor la he declarado mi pasión... Pero en vano!... Doña Inés, con una energía que no sospechaba en ella, me ha hecho salir de sus habitaciones... «Desistid, D. Pedro, me ha dicho, de vuestros criminales intentos; por esta vez os perdono, pero cuidad que esta escena no llegue nunca á los oídos del rey.» Y al concluir estas palabras, llamando á una de sus camareras, se ha internado en su aposento.

Figuraos cómo saldría de palacio; loco, frenético, mil ideas bullian por mi atolondrado cerebro... sin saber dónde me dirigía, me interné por unas estrechas callejuelas, donde me encontré con unos villanos que querian impedirme el paso, á causa sin duda de algun lance amoroso: como era natural, no quise acceder á sus deseos, y no tardó mucho en trabarse la pelea, de la que no sé cómo hubiese salido, á no ser por vuestro repentino socorro, por el que os estoy agradecido.

—Era mi obligacion: vi á un caballero peleando con unos villanos; vi la desigualdad del combate, y era un deber sagrado correr en su ayuda, pero dejémosnos de digresiones inútiles. ¿Qué pensais hacer sobre la aventura de palacio?—Vengarme, interrumpió el de Tizon con energía.—A vos, D. Ruy, que siempre habeis sido un leal amigo y compañero de juveniles aventuras, creo que bien os puedo comunicar mis planes; sin embargo, espero me jureis, por lo más sagrado del mundo, no revelar nada de lo que voy á deciros.

—Lo juro,—exclamó solemnemente D. Ruy, dejando caer su diestra sobre la cruz de su espada.

—Ahora, pues, escuchad,—prosiguió D. Pedro más animado.—Antes que Doña Inés diese su mano de esposa á D. Ramiro, un caballero gallardo y hermoso, en cuanto cabe en un hombre, enamoróse perdidamente de ella, y la demandó por esposa: este caballero era el conde de Atares. Doña Inés, con todo el candor de su alma, amaba al conde; un porvenir de encantos y felicidad brindaba á ámbos amantes; pero el tiempo, ese aquilon que parece gozar deshojando nuestras más bellas ilusiones, deshojó tambien las del conde.

Por razones de la más alta política, Doña Inés tuvo que sacrificar su amor y dar su mano de esposa al rey *Monje*...

El conde sintió dolorosamente la pérdida de su amada, y trató de olvidarla en medio del fragor de los combates: partió á la guerra. Desde entonces, que ha estado la corte sin tener noticias suyas, hasta que hace días se le ha visto reaparecer como por encanto: se murmura si es su amor quien le ha hecho regresar, de modo que...

—¿Creeis [que la reina falte á sus deberes de esposa... no es cierto?—exclamó el de Pardo.

—Justo,—respondió Monteagudo.

—Mas pensad, D. Pedro, que la reina es incapaz de...

—Qué importa! Todo se sacrifica en aras de la venganza... Esta noche la reina me ha perdonado generosamente, es cierto; y no trato de negarlo, mas pensad que nunca un Monteagudo imploró que le perdonasen.

Y el de Tizon acentuó la palabra *nunca*.

—Luego es este lance de orgullo... no es cierto?—Repuso D. Ruy.

—Y de amor,—añadió D. Pedro.—Amo á la reina con una pasión que jamás sentí por mujer alguna; pero os juro, por mi nombre, que ese amor lo he trocado en odio.

—Desistid, D. Pedro, de vuestros locos intentos, y olvidadla.

—Olvidarla! De ningún modo, no quiero que nunca se diga que un Tizon retrocedió ante una empresa.

—En ese caso, haced lo que os plazca; repuso el de Pardo levantándose.

—Cómo, os vais?

—Sí, es tarde, y asuntos de familia me llaman á otro sitio.

—Siendo así, Dios os guarde.

El de Pardo, despues de un afectuoso saludo, embolsó en su capa y salióse del salon.

Un instante despues, Hernán el escudero, confidente del conde, se hallaba ante su presencia.

—Qué se murmura en la ciudad!—preguntó éste.

—Señor, segun las últimas noticias, los castellanos avanzan por nuestras fronteras... mas no es esto sólo lo que debe inquietaros, sino que vários conjurados, al mando de los cinco caballeros de Luna, vista la aptitud indolente de D. Ramiro, y del continuo peligro en que nos tienen nuestras guerras con los moros y castellanos, piensan proclamar solemnemente rey de Aragon al conde de Atares y libertar el reino.

—Ah!—exclamó irónicamente el de Tizon al oír estas palabras,—estoy vengado!

Y mandó á Hernán que se retirase.

### III.

Apénas D. Pedro Tizon se encontró solo en su cámara, quedóse un instante meditabundo, cual si en su mente trazase algun plan diabólico. De súbito sonrióse irónicamente, y como si tomase una determinacion extremada, se levantó de su asiento y salió de su aposento tomando la direccion de la calle. Una vez en ella, internóse en una de las muchas callejuelas que conducian al Alcázar real, y unos segundos despues penetraba por sus umbrales, haciendo que un paje le anunciase al monarca.

Solo y entregado á sus piadosas lecturas se hallaba el bueno del rey Monje, cuando le fué anunciada la visita de Monteagudo. Inmediatamente dió orden para que se presentase, y unos momentos despues D. Pedro Tizon saludaba al monarca.

—Bien venido seais, D. Pedro,—exclamó el rey, respondiendo á su respetuoso saludo.—¿A qué debo el placer de veros á tan altas horas de la noche?

—Señor, los buenos vasallos deben velar siempre por la honra y tranquilidad de su monarca, y cuando ámbas peligran...

—¿Qué quieren decir, D. Pedro, vuestras graves palabras? Explicáos, vive el cielo!

—Señor, decia que cuando pelagra el honor y la tranquilidad del monarca, deber es de todo buen vasallo avisar con tiempo á su soberano para que pueda evitar el golpe que le amenaza, y castigar al mismo tiempo á los culpables.

—¿Luego algun golpe amenaza, conde, mi tranquilidad y mi honor?

—Sí, señor, por desgracia. Hace tiempo que se murmura en la corte que el conde de Atares era uno de los más encarnizados enemigos de V. A.; enemistad nacida, segun algunos, á causa de las relaciones amorosas que tuvo en otros tiempos con vuestra esposa, á quien estaba pronto á dar su mano de esposo, á no haberlo impedido vos con vuestro enlace, el cual echó por el suelo todas las amorosas ilusiones del conde é hizo que éste desapareciese de Huesca, ignorándose su paradero. Decian unos que habia ido á ofrecer su brazo y sus mesnadas al rey de Castilla; otros que se habia pasado al campo musulmán, y no faltaban lenguas que aseguraban que la desaparicion de éste tenia por motivo una conspiracion que tramaban los enemigos de V. A., de los cuales era jefe el conde, que se proponia subir al trono de Aragon y alcanzar de Su Santidad el Papa que anulase vuestro casamiento, para lo cual contaba con el apoyo de vuestra esposa.

—Cielos! Es esto una pesadilla de mi fantasía!...

—Es, señor, por desgracia harto cierto. Las creencias del vulgo están á punto de cumplirse. El conde de Atares ha reaparecido de nuevo en la corte, y de un instante á otro va á estallar una formidable insurreccion al mando de los rebeides caballeros de Luna.

—Qué hacer en tal caso?

—En las grandes desgracias son, señor, donde los grandes hombres deben mostrar una serenidad á toda prueba; por de pronto es indispensable que para impedir los planes de los conjurados ocultéis mis revelaciones á la reina, pues podia dar la voz de alarma é impedir que cayesen en nuestro poder los culpables.

—Teneis razon, mas ántes de obrar quiero tomar consejo del bueno del abad del monasterio de San Ponce de Tomeras; me ama cual un padre, y me manifestó al abandonar aquel claustro, donde he pasado tranquilos días, que siempre que me azotase el vendabal del infortunio acudiese á él y me guiaria con sus consejos.

—Mas pensad, señor, que no hay que perder tiempo, y que quizá mañana mismo estalle la insurreccion que ponga vuestra vida en grave peligro...

—No importa. Esta noche mismo partiré un mensajero, y dentro de pocos días tendré su contestacion. Y diciendo estas palabras, el rey hizo vibrar la argentina voz de una campana.

(1) D. Ramiro II nació por los años 1074, y fué el último hijo del rey D. Sancho Ramírez y de su muger D.<sup>a</sup> Felicia de Urgel.



Inmediatamente se presentó un paje.

—Haced entrar á uno de los donceles que se hallan de servicio, díjole el rey.

El paje, despues de un ceremonioso saludo, salió á cumplir las órdenes del monarca.

Un instante despues un caballero jóven y de noble presencia penetró en la cámara. Era el conde Arnaldo, vástago de una de las familias más esclarecidas de la corte aragonesa.

—Bien venido seais, conde Arnaldo, díjole bondadosamente D. Ramiro, contestando al mismo tiempo á su afectuoso saludo. Mucho celebro que la suerte os depare el honor de que seais vos el que en estas circunstancias me preste un señalado servicio.

—Mandad, señor.

—Es preciso que monteis al instante á caballo y os pongais en camino para el monasterio de San Ponce de Tomeras. Una vez en él, preguntad por el reverendo abad Frotardo, y decidle de mi parte estas palabras: El

dos sus proyectos y aparecer él como verdadero delincuente; tambien era cierto que habia conseguido impresionar de tal modo al monarca haciéndole aparecer á su esposa como á culpable, que casi podia contar con un seguro triunfo.

—Lo indispensable ahora, decíase entre sí, es llevarle la delantera al mensajero del monarca para que el abad Fray Frotardo aconseje favorablemente á mis planes é impedir al mismo tiempo que la reina tenga ninguna entrevista con su esposo, pues podia sospechar algo de lo que yo intento, y revelarle lo que no me conviene que sepa. En cuanto á lo primero mandaré al instante mismo con las instrucciones necesarias para que se aviste con el abad, á mi amigo D. Ruy Perez de Pardo, y haré que le aconseje un remedio radical. En cuanto á lo segundo, procuraré que mañana me dé D. Ramiro plenos poderes de privanza, y uno de mis primeros actos será el decretar la prision de la reina.

Embebido se hallaba D. Pedro en estas reflexiones

mejores y más cómodos que se conocen y está siempre poblado de buques que ostentan las banderas de todos los pueblos de la tierra, pues todos cambian con ella sus ricas y variadas producciones. Aunque sus casas ostentan fachadas estrechas, y no suelen levantar más de dos pisos, los edificios públicos y las iglesias, si nó brillan por su arquitectura, deslumbran por la grandiosidad y riqueza de su decorado. Sus plazas son notables por las fuentes que surten á la poblacion de agua abundante y cristalina, pero sobre todo, lo que más sorprende en ella, es su animacion y su aspecto verdaderamente cosmopolita, pues además de los negros y los mulatos, se encuentran allí muchos franceses, ingleses y alemanes, holandeses é italianos, á pesar de lo cual dominan los hábitos y costumbres portuguesas.

El lugar en donde está edificado Rio Janeiro, llevaba entre los indios de aquellas regiones el nombre de Gana-bara. Unos protestantes franceses se establecieron en él hácia el año de 1555, pero al siguiente fueron expulsados



LAS GLORIAS DE UNA MADRE.

reino está revuelto: qué hacer? La contestacion que os diere es necesario que la pongais en mi conocimiento lo más pronto posible, aunque para ello tengais que reventar algunos caballos.

—Está bien. —Nada más he de decir al señor abad?

—Ah! decidle que me tenga presente en sus oraciones.

—Entonces si me dá V. A. su permiso...

—Partid, conde Arnaldo, y que ninguno sepa el lugar de vuestra partida ni el objeto del viaje.

—Descuidad, señor, dijo el interpelado saliendo de la real cámara.

—Y ahora, vos, continuó el monarca dirigiéndose á Monteagudo, mandad reforzar la guardia del Alcázar y quedaos en la antecámara á mis órdenes.

#### IV.

Cuando D. Pedro Tizon se halló solo en la antecámara del rey, se entregó por completo á sus reflexiones. El plan de venganza que aquella misma noche habia concebido, y que tan pronto habia empezado á poner en práctica iba adelantando gradualmente el terreno posible, y si bien era verdad que aun no podia envanecerse de su triunfo, pues cualquier contratiempo podria echar por tierra to-

cuando le sacó de ellas la voz de su paje Hernando, que le llamaba.

—El cielo me lo envia! pensó para sí. Hola! mi buen Hernan, exclamó en seguida con aire jovial; es necesario que cumplas religiosamente lo que voy á encargarte. En primer lugar debes ir á casa de D. Ruy Perez de Pardo y decirle que le espero en palacio, y una vez cumplida esta comision, procura saber el sitio y hora donde piensan los conjurados lanzar su grito de rebelion.

—Está bien, respondió Hernan, saliendo.

Media hora despues Monteagudo tenia una conferencia con D. Ruy Perez de Pardo, de resultas de la cual éste se puso inmediatamente en camino en direccion al monasterio de San Ponce de Tomeras.

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

(Se continuará.)

#### RIO JANEIRO.

Una de las ciudades más bellas del mundo, es Rio Janeiro, capital hoy del Brasil, y corte del emperador de aquellas poéticas regiones.

El puerto, que comprende toda la Bahía, es uno de los

por los portugueses, quienes comprendiendo la importancia de su situacion, construyeron algunos fuertes. De ellos tomó origen la ciudad, que se llamó primero San Sebastian, y llegó á adquirir en poco tiempo un desarrollo muy grande.

La bahía, que principia á extenderse enfrente de la ciudad, tiene unas cinco leguas de ancho y seis de seno, contiene una multitud de islas, y recibe un gran número de corrientes poco considerables, de las cuales las más caudalosas son el Macaen, el Iguaçu y Miritry.

Todos los viajeros están acordes en elogiar las orillas de esta bahía, limitada por elevados montes cubiertos de lozana vegetacion, y de muchas y deliciosas quintas, que terminan diversamente en punta y en escarpadas cúpulas de formas las más pintorescas. Respirase en ellas un aire apacible, su atmósfera es despejada, y en cada brisa de la tierra reciben el perfume de los limoneros, naranjos, palmeras y flores, que no tienen comparacion por su hermosura y su aroma con las flores de Europa.

Esta bahía recibió el nombre de *Rio*, porque á primera vista ofrece la apariencia del embocadero de un rio, y el de *Janeiro* (Enero), por haber sido descubierta en este mes.

C.





Pl. 168.

1068

EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid



## VISIONES Y RECUERDOS.

A MI QUERIDO AMIGO JOSÉ FARINA.

## I.

Lijera y juguetona es la ráfaga de viento que mece el cortinaje del balcón.

La sala segunda, casi envuelta entre tinieblas, posee un encanto extraño, lleno de melancolía, y en el fondo Julio sentado en un sillón, permanece inmóvil y abismado en sus pensamientos.

Al extremo de la galería, un rayo de luna consigue penetrar á través de los cristales; y esa pequeña claridad se destaca triste, lívida y misteriosa como la fantasía de los pensamientos de Julio que la contempla.

Murmura una fuente cercana, y entre los mil ruidos incomprensibles de la noche, se oye á lo lejos la dulce ar-

¡Ois el canto de las aves nocturnas evocando las almas errantes?...

Oh! Multitud de fantasmas invaden la solitaria galería, y se confunden transparentes como la gasa, en el rayo de luna!

Y todos dirigen sus pálidos rostros hacia el sitio donde Julio los contempla sin sorpresa ni emoción, como si los estuviera esperando.

Es una procesion incesante, lenta, lúgubre y silenciosa; mientras el corto espacio que recorren parece ensancharse hasta tomar proporciones colosales.

Empiezan una danza vertiginosa y horrible, parece que gesticulan como una legión de dementes, se evaporan, vuelven á formarse en grupos caprichosos y escalonados, huyen en confuso tropel, y por último, quedan aislados sólo tres de esos seres sobrenaturales.

los seres fantásticos huyen pesarosos disolviéndose en el vacío.

Julio, delirante de amor, desea arrojarse en brazos de la vision que le fascina, para besar aquellos para él, reales ojos, aquella boca embriagadora, aquellas manos divinas, que tanta dicha prometen; pero una fuerza superior le retiene como clavado en su sitio.

Lucha, se desespera y es en vano.

Entonces, la otra sombra despréndese del fúnebre velo, que oculta sus facciones contraídas por una suprema angustia, y en una mirada amante y dolorosa parece decirle;

„No la sigas, nó, hijo mio!...”

Y dos lágrimas ardientes brillan en sus pupilas heridas por el plateado reflejo del astro de la noche. Al sonido de aquella voz débil y apasionada, que ha tiempo no pertenece á la tierra, se alejan lentamente todas las sombras con la muerte y la ilusion seductora y engañosa.



VISTA DE RIO JANEIRO.

monía de un piano, poblando los aires de acentos que hablan al alma.

Si pudiérais preguntar á Julio en qué piensa, os diría que su pensamiento no tiene fin, y abarca del mismo modo la inmensidad de los espacios desconocidos, los tenebrosos antros de los mares y los rincones de su habitación, como la claridad aquella única y fija que presta un misterioso indefinible al sitio que ocupa.

Os diría con acerba tristeza, que su pensamiento es un peregrino enviado por el corazón en busca de los seres queridos que perdió para siempre; y cuando le confirma que ya no existen, su alma se sumerge en el abatimiento más profundo.

Julio es un sér de aquellos que viven soñando, y que al despertar ven morir sus ilusiones más bellas.

Infelices almas! Volad... volad hacia otras regiones, pues el mundo á que habeis venido, se reirá siempre de vuestros dolores; de vuestra delicada pureza de sentimientos!

No veis qué aquí nadie os comprende?  
Que nadie recojerá vuestras lágrimas?

## II.

Ois cortar el aire por un aleteo siniestro?

¡Ois las campanas del próximo monasterio indicando con plañidera voz que sólo la oracion y el silencio perfeccionan al ser humano y le acercan más á Dios!

Representan un viejecito encorvado que se apoya convulsivamente en su báculo: con sus descarnadas manos, tira con febril insistencia del ancho y ondulante manto de una jóven. Detrás de ellos, sigue un esqueleto, y los tres andan... andan... y por fin desaparecen.

Acuden luego otros fantasmas mal envueltos en luen-gos ropajes; avanzan impetuosos cual las nubes que el huracan arremolina; la galería se ensancha cada vez más, parece convertida en un mundo de visiones latentes, mientras que la claridad de la luna, sin perder su tristeza, se torna más intensa, para iluminar la esplendorosa hermosura de una jóven, que se destaca de la cohorte de fantasmas que la rodean.

Toda ella es un poema sublime: recuerda las creaciones ideales de aquellas celestes vírgenes que concibieron en otras edades los reyes del arte. Jamás la mente soñó mujer tan incomparable, tan perfecta, tan arrebatadora.

Julio al verla, queda extasiado, su admiracion no tiene límites...

„¡Por qué la sigue otra fantástica mujer, cubierto su rostro por un manto?... Huid todos, aparta muerte; yo sólo quiero adorar esa beldad divina á cuya presencia mi corazón se extremece en mi agitado pecho, que me llama, tendiéndome sus brazos y me invita á apurar la dorada copa del deléte...”

Y la muerte piérdese entre la oscuridad de la galería, y

Después, sólo se oye un sollozo y una voz que repitiéndola el eco por todos los ámbitos de la galería exclama;

„¡Madre, madre de mi alma, no me abandonéis!... ¡Sólo en tu santo recuerdo reside la humana dicha!”

Y aquel rayo de luna que ha dado vida á tantos seres ideales, se va apagando poco á poco.

Y el tañido lúgubre de una campana anuncia el nacimiento de un nuevo día...

TEODORO BOULLENGER.



UNA FLOR, MUCHAS ESPINAS.

AL EXCMO. SR. DUQUE DE FERNAN-NÚÑEZ Y DE MONTELLANO, CONDE DE CERVELLON.

La vida ¡Vivir muriendo!  
con su brillo te fascinas;  
vives y pasas cogiendo  
flores, que brotan espinas.



Ay! nacemos y lloramos,  
vivimos, pero sufriendo,  
y morimos ¡ay! viviendo,  
hallando doquier dolor;  
el nacer, la vida, el fin,  
lo que marca la existencia,  
da flores de escasa esencia  
con espinas en redor.

Niñez, ah! bello trasunto  
de un Eden lleno de encantos,  
célicos días y santos,  
no sois más que breve punto;  
si hay lágrimas, son presunto  
de que la inocencia finas,  
que á ser hombre ya caminas,  
que adivinas sus dolores,  
porque del niño en las flores  
asoman ya las espinas.

Juventud! oasis fecundo  
de la senda del vivir,  
es soñar y concebir  
de flores sembrado el mundo;  
piélago inmenso y profundo  
que en sus ondas peregrinas  
nos brinda dichas divinas;  
mas ah! que un año tras año...  
presto nace el desengaño  
y flores brotan espinas.

La vejez! puerto alcanzado  
al aprender la experiencia,  
que es de los años la ciencia,  
y allí evocas fatigado  
los recuerdos del pasado,  
el sepulcro á que te inclinas,  
el más allá que imaginas,  
el no sér, la eternidad;  
encontrando en tu ansiedad  
en vez de flores, espinas.

Que el hombre al mundo viniendo  
nace y busca, y vive y quiere  
buscar, y buscando muere,  
va siempre de un algo en pos;  
y buscando encuentra flores,  
flores cercadas de espinas,  
hasta que en sendas divinas  
vé flor sin espinas... Dios!!

Las almas siempre buscando,  
en la vida peregrinas  
son, que marchan, encontrando,  
una flor, muchas espinas.

Mayo de 1872.

ANTONIO PEREZ VELASCO.

A R.....

Dime qué tienes,  
prenda del alma;  
dime qué tienes  
en la mirada;  
mirada pura,  
mirada cándida,  
hilo magnético,  
luz sobrehumana,  
rayo celeste  
que amores radia,  
y en suave aureola  
la tierra baña.

Dime qué filtros  
en mí derrama,  
que el pecho arroba,  
que el alma encanta,  
que me enamora,  
que me entusiasma,  
que me fascina,  
que me arrebata,  
que entre dulzuras  
y entre mil ansias,  
y entre temores  
y entre esperanzas,  
me pinta glorias  
nunca soñadas.  
Es como el fuego  
de antorcha clara,  
cual pura lumbre,  
cual viva llama,

cual rayo fúlgido  
que despedaza  
las duras rocas  
de las montañas.

Dí qué misterios,  
qué oculta magia  
de tus pupilas  
se desparrama,  
que allí do miran  
potentes mandan,  
dulces subyugan,  
hechizan mágicas,  
placeres vierten,  
pechos inflaman,  
amores siembran,  
edenes trazan,  
despiertan sueños  
que el alma encantan,  
y mil visiones  
celestes, plácidas,  
entre sus rayos  
véanse pintadas.

Y tú, que sabes  
oh dulce ingrata!  
las mil torturas,  
las crueles ansias,  
que el dulce brillo  
de tu mirada  
infunde al pecho  
que en él se abrasa:  
¡por qué al mirarme,  
prenda adorada,  
con su atractivo,  
su fuerza extraña,  
con los efluvios  
que ardiente lanza,  
brindando amores,  
desdenes hablas!

Luz de mis ojos,  
hermosa dama,  
ondina leve,  
graciosa maga,  
lucero hermoso  
de bienandanzas,  
genio fantástico  
que me extasiara,  
celestes arcángel  
que en mí derrama  
grata alegría,  
dulce esperanza,  
dichas y bienes,  
venturas plácidas,  
torna amorosa  
tu rostro de hada;  
oye las dudas  
que el pecho afanan;  
hablen tus labios  
de rosa y grana;  
y aunque me ocultes  
la extraña causa  
de que en tus ojos  
bullan las gracias,  
y aunque me mates  
con la mirada  
que leve gira,  
dulce avasalla,  
su luz eléctrica  
calme mis ansias.

B. FERNANDEZ MIGUEL.

## EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuación.)

### SEGUNDA PARTE.

#### Generosidad de Ernestina.

#### CAPÍTULO I.

##### DESPERACION DEL GENERAL PONCE DE LEON.

Después que Augusto acabó de leer las Memorias de Magdalena, se quedó lleno de dolor y de angustia, no conociendo límites su desesperación.

La mujer á quien amaba con delirio, con adoración, era la que había causado la desgracia de su hermana Ernestina. De aquella hermana tan querida desde su infancia, y á cuya felicidad había jurado consagrarse.

Magdalena había tenido la culpa del abandono de Ernestina, y de la deshonra que cayera sobre el nombre de Ponce de Leon. Alberto Venamérga había sido enloquecido por aquella sirena engañadora, y que ni aun tenía la disculpa de amarle. Ella confesaba que sólo la vanidad herida le había hecho separar al conde de Ernestina.

Augusto sintió odio contra sí mismo, por haber amado á Magdalena, á la enemiga de su hermana, y que la hiciera su víctima, y más se desesperaba por comprender que, á pesar de todo, seguía aún amándola cada vez con más ardor y energía. ¡Imposible es mandar al corazón que deje de latir, cuando á la edad del general siente sus impresiones por primera vez!

Augusto estuvo por espacio de ocho días entregado á una lucha horrible. Comprendía que su deber era abandonar la Coruña, no volver á ocuparse de Magdalena, y correr á Madrid al lado de Ernestina. De aquella Ernestina que había buscado por espacio de tanto tiempo, con todas las fuerzas de su cariño, y que al fin sabía en dónde estaba.

Hizo un esfuerzo heroico, y decidido á cumplir con su deber, aun cuando se desgarrase el corazón, después de haber luchado mucho entre su amor y su deber, éste triunfó, y escribió á Magdalena lo que sigue:

“Señora: he leído sus Memorias de V., que son la historia de su vida, y la compadezco de todo corazón, pues si mucho ha hecho sufrir, mucho más ha sufrido.”

Encuentro admirable su arrepentimiento, y la expiación que se ha impuesto, por lo que la perdono el horrible daño que ha hecho á mi hermana, en su nombre y en el mío: pero no puedo amarla ya, y comprendo el abismo que nos separa.

Corro al lado de Ernestina, que tanto ha sufrido, para mitigar sus tormentos con mi fraterno cariño, y conjurar las funestas consecuencias de su intriga. Confieso que yo la había jurado á V. odio eterno, antes de conocerla, y hoy, aún cuando no la odio, no puedo amarla, y conozco que nada puede existir entre nosotros más que el mutuo olvido.

Adios, viva V. tranquila con su arrepentimiento, y reciba los respetos y la consideración, de

El general Ponce de Leon.”

Al acabar de escribir esta carta, la mandó por un criado al convento de Santa Bárbara. Tenía miedo de arrepentirse, pues le había costado un sacrificio grande escribirla. Después fué al despacho de diligencias, y sacó el billete para salir en el coche-correo que iba á Madrid.

Cumplidos estos penosos deberes, volvió á su casa, y se dejó caer desfallecido en una butaca. Se sentía morir, y deseaba que llegase el momento de salir de la Coruña. Cada hora que pasaba, era más grande su agonía, porque comprendía que se alejaba más de Magdalena.

Augusto conocía que había obrado como hombre honrado y como buen hermano; pero sufría de un modo horrible. Magdalena había llegado á hacerse una necesidad para su vida, y al renunciar á ella era lo mismo que si renunciase á vivir. Por la primera vez de su vida, el cariño que profesaba á Ernestina se le hizo violento, y él, modelo de amor fraternal, hubiese deseado no tener hermana. Sin embargo, á pesar de sus dolores, se sentía orgulloso con su sacrificio. Comprendía que no todos hubiesen tenido las fuerzas que él tenía, y no se encontrarían dispuestos á destrozarse el alma, por cumplir con su deber.

Al fin, las horas que faltaban para salir el coche-correo llegaron; porque, aunque más tardías, pasan las horas de dolor lo mismo que las de felicidad.

Augusto hizo un supremo esfuerzo, y poniéndose en pie se dispuso á salir.

Pero al mismo tiempo el criado le entregó una carta. El general no conoció la letra, la abrió friamente, y empezó á leerla.

A medida que la iba leyendo, su rostro, de pálido se tornaba lívido.

—Un coche al momento! dijo con voz desfallecida.

—Marchamos ya, señor? preguntó el criado.

—No, no, exclamó Augusto con desvario, un coche que me conduzca al convento de Santa Bárbara.

Qué había sucedido á Magdalena? La infeliz joven amaba al general con toda la energía de su alma y la vehemencia de su corazón. El sacrificio mayor para ella había sido referirle su vida y sus faltas: sobre todo, la que fuera la causa de la perdición de Ernestina.

Conocía que al leer Augusto aquellas páginas, tal vez dejase de amarla, pero prefería perder su amor á engañarle.

Magdalena, desde que se había arrepentido, desde que había reconocido sus faltas, todo lo que hacía era una expiación, y la más espantosa para ella sería perder el cariño de Augusto. Aquel cariño que era su vida, y por el cual hubiese dado todos los años que le restasen, por un día de dicha. Y sin embargo, mártir admirable, había sido con él sincera y nada le había ocultado.

Los ocho días que el general estuvo sin darle ninguna



contestacion, sufrió cuanto un sér puede sufrir en el mundo. Esperaba impaciente noticias de él, y tenía miedo de su severidad.

El sentenciado que va á ir al patíbulo, no sufre más que Magdalena, y no espera con más ansiosa impaciencia su perdon, que ella, la carta de Augusto.

Momentos habia en que estaba del todo desesperada, y se decía á sí misma que el general la aborrecia con razon, y que no le restaba más que morir.

En otros, al pensar en la nobleza de Augusto, en su caballeresca delicadeza, esperaba que la perdonase y compadeciese.

Y aún se atrevia á esperar más; habia visto en él tanto cariño, tan ardiente y entusiasta amor, que se hacia la ilusion de que, arrojando por todo, no se acordaria más que de su pasion, y la amaria, no pensando en las ofensas á su hermana.

Pero cuando recibió su digna y seca carta, cayó presa de horribles convulsiones, y la priora y Sor Angela, pensaron que aquel momento era el último de su vida.

Con las manos crispadas, arrugaba el papel entre sus dedos, y tuvo que hacer Angela grandes esfuerzos para arrancárselo.

Lo leyó, y entonces comprendió la nueva pena de su infeliz amiga.

—Desgraciada mujer! murmuró con voz opaca; no te bastaban tus antiguos dolores, y era preciso que una pasion delirante viniese á acabarte de matar.

Hizo retirar á la tia de Magdalena, para que no se enterase de su secreto, y ella la asistió con celoso cariño.

Desesperada, viendo que no encontraba mejoría para ella, apeló á un recurso extremo, y dirigió estas líneas al general:

"Magdalena se muere de amor por V.; su carta la ha asesinado."

*Sor Angela del Pilar.*

Augusto, al recibir esta carta, se olvidó de todo, se hizo conducir en un coche al convento, y pidió hablar á sor Angela.

A los pocos momentos la amiga de Magdalena se presentó en el locutorio: estaba más blanca que la toca que ceñia su frente.

—Cómo está la enferma? preguntó Augusto con ansiedad.

Sor Angela movió la cabeza con desaliento, y contestó con amargura:

—Magdalena está herida de muerte, y V. con su carta la acabó de matar!

Augusto se estremeció, y llevó la mano al corazon, como si en él hubiese sentido un dolor horrible; por espacio de un rato no pudo pronunciar una palabra, y al fin, haciendo un penoso esfuerzo, dijo:

—Señora, yo soy el general Ponce de Leon.

—Lo sé, el hermano de Ernestina, contestó la monja con dulzura.

—Y entonces, porqué se extraña V. que yo me haya apartado de Magdalena? Ella hizo la desgracia de mi hermana, y fué la causa de que cayese sobre mi nombre la infamia.

—Leyó V. la historia de mi desgraciada amiga con atencion, general? preguntó Angela.

—La estoy dando á V. pruebas de ello.

—Entonces recordará que Magdalena tambien hizo la desgracia de la pobre bordadora Angela, y que ésta, en vez de guardarla rencor, es la que más la quiere en el mundo:

—Eso no señora! gritó Augusto con ardor; nadie quiere á Magdalena más que yo; la amo con pasion, la adoro con frenesí; es mi vida y mi esperanza.

—Y la dirige V. una carta que la ha sumido en la desesperacion? dijo Angela con tono de dulce reconvenccion.

—Ah, señora! compadézcase V. de mí, contestó Augusto dolorosamente; yo daria mi vida por Magdalena, y hasta la última gota de mi sangre por evitarla un disgusto; la amo, como no he amado á ninguna mujer, y como solo se ama una vez en la vida; pero soy el hermano de Ernestina.

—Y va V. á dejarla morir por eso? dijo sor Angela con severidad.

El general palideció y tembló; por espacio de algunos momentos sostuvo una lucha espantosa entre su cariño de hermano y su amor de amante: éste fué el que triunfó al fin, y dijo con delirio.

—Antes que el mundo entero, mi amor, la salud de Magdalena. Ya no salgo de la Coruña; y llamaré á Ernestina que venga á mi lado. Sí, la llamaré de un modo que no pueda negarse. Ella no habrá olvidado lo mucho que la he querido.

—Gracias, general, dijo la monja con una triste sonrisa. La pobre Magdalena se está muriendo, y Ernestina si la viese, seria la primera en compadecerla.

—Quiero verla, señora, yo quiero verla, dijo Augusto juntando las manos con ademán suplicante.

—La verá V., pero no hoy; ahora es de todo punto imposible.

—Y cuándo?

—Yo le avisaré á V., porque tambien lo deseo mucho, pues tengo una pequeña esperanza de que su presencia hará mucho bien á Magdalena. Retírese V., porque me es del todo imposible detenerme.

Augusto sin tener ni fuerzas para hablar, hizo un saludo á la religiosa, y salió del locutorio.

Llegó á su casa casi febril, y allí escribió á su hermana una cariñosa carta, rogándola, suplicándola con las mas tiernas palabras que viniese á su lado.

Después se encontró tan quebrantado, tan aniquilado que tuvo que acostarse.

Estaba tambien enfermo; pero era de angustia y desesperacion.

## CAPITULO II.

LA SEÑORA DURANGO.

El mismo dia que el general Ponce de Leon, tuvo con Angela la entrevista que narramos en el capítulo anterior, y á la misma hora que se recogia en el lecho lleno de dolor, ocurría una escena bien distinta en Madrid, en una casa de la calle de Fuencarral.

Serian las nueve de la noche. En una bonita sala, ó más bien gabinete de estudio, por la rica severidad con que está decorado, y por las mesas que se ven llenas de libros y papeles; habia dos mujeres. Una anciana ya de unos 60 años, que tenia un niño de cuatro en su falda, hermoso querubín de rubios cabellos que dormia con el sueño de los ángeles, y otra jóven de una belleza lánguida y delicada.

La anciana mira al niño amorosamente; la jóven escribe.

Una lámpara que pende del techo deja la habitacion casi en la oscuridad, y sólo refleja su luz en la mesa y sobre la jóven que escribe. Es esta graciosa y simpática más que hermosa. Tiene los ojos y los cabellos castaños, y en su frente ancha y despejada, brilla la aureola del genio.

Lleva el cabello corto, y rizado en muchas sortijillas que adornan su hermosa frente, y la dan más noble energía.

Por espacio de un rato, la jóven siguió escribiendo con afán, hasta que la anciana la dice con dulzura.

—Ernestina, hija mia, te cansas y atareas demasiado, cuando eres casi rica.

La jóven soltó la pluma, exhaló un suspiro, y contestó con voz opaca.

—Ana, todo por mi Augusto, todo por mi hijo querido. Tengo que crearle un nombre y una fortuna, porque ay! no tiene padre.

—Porque tú no quieres que lo tenga.

Ernestina, repuso la anciana con severidad; dos meses hace que se presenta diariamente en tu casa el conde de Rosental, y no has querido recibirlo. Me rogó y suplicó á mí que interpusiese mi valimiento contigo para que le recibieses, y ningún caso me hiciste. Te he escrito infinitas cartas, llenas del más grande arrepentimiento, y tú no has querido contestar á ninguna.

—Ana, no me hables jamás de ese hombre! gritó la jóven con ira. Alberto ha hecho la desgracia de mi vida; arrojó sobre mi frente pura el baldon y la deshonra, se burló de mi cariño, escarneció mi amor y mis lágrimas, y hoy porque me vé llena de aplausos, de incienso y de adulaciones, quiere volver á mí.

—Al que se arrepiente, Ernestina mia, se le debe perdonar. Tú que tanto le has amado y que eres tan buena, te compadecerás de él, en fin...

—Silencio, Ana; no quiero, repito, que me nombres al conde de Rosental: por él han muerto mis padres de dolor, por él llevo un nombre que no es el mio, y vivo separada de mi querido hermano. ¡Que tú que me has visto nacer, que tú que me quieres como una madre, tengas valor para interceder por ese miserable!

Recuerda mis dolores, Ana, mis horribles dolores! Recuerda cuando las dos llegamos á Madrid pobres y desesperadas, y que sin el auxilio del generoso Suarez, tal vez nos hubiésemos muerto de hambre. ¡Y qué hacia entre tanto el rico conde de Rosental, mientras que la mujer que habia deshonrado vivia casi de limosna, en tanto que su hijo carecia de todo! Entregado al amor de una mujer sin corazon, que se burlaba de él, no se acordaba de cumplir lo que habia jurado mil veces.

—Es verdad, se portó muy mal, dijo la anciana tristemente; pero hoy te suplica le perdones, y te ofrece una completa reparacion, con su mano y su nombre.

—Y para qué quiero yo todo eso si no le amo? añadió

la poetisa desdeñosamente. Su nombre le desprecio, pues no le ha impedido cometer una infamia; sus riquezas para nada las necesito, y en cuanto á su persona, la odio lo bastante para no querer tenerla á mi lado.

—Ernestina, por Dios! Es el padre de tu hijo.

—Ni una palabra más! dijo imperiosamente la poetisa. Ana bajó la cabeza con desaliento, y se calló.

El silencio fué interrumpido por un lacayo, que entrando azorado, dijo:

—Señora, el conde de Rosental me sigue; no he podido impedirle la entrada.

Ernestina cogió á Ana por un brazo, y la hizo entrar rápidamente con el niño en una habitacion contigua. Cuando cerraba la puerta, entraba Alberto en el gabinete.

—Caballero, ¿con qué derecho atropella V. á mis criados, y entra á la fuerza en mi casa? dijo Ernestina con fria altivez.

—Y es Ernestina Ponce de Leon, quién me hace esa pregunta? contestó dolorosamente Alberto.

—Ernestina Ponce de Leon, ha muerto, caballero, añadió aun con más frialdad la jóven; en su presencia de V. sólo está la señora Durango, viuda de un noble polaco, escritora y poetisa dramática.

—Ernestina, por piedad, concédeme una hora de conversacion, dijo el conde juntando las manos.

—Y para qué? ¿Es V. por ventura editor, ó empresario de algun teatro? Si es así hablarémos. Espero sus proposiciones.

—Ernestina, Ernestina! Tú no puedes haberlo olvidado todo. En dónde está mi hijo? Quiero verle!

—Repito que viene V. equivocado, dijo con sarcasmo la jóven, esa Ernestina de quien V. habla ha muerto en Salamanca, hace cuatro años, víctima de un amor mal pagado, abandonada del seductor que la habia perdido. Ya sabe V. lo que deseaba, está demás en mi casa.

Y con ademán frio é imperioso le señaló la puerta.

—Ernestina, todo lo que quieras; mejor que esa fria indiferencia, es preferible el insulto y el desprecio.

—Retírese V., conde de Rosental, dijo Ernestina, con sombría cólera, retírese V., pues será un bien para los dos el permanecer desconocidos.

—Nó, ántes mil veces la muerte, gritó el conde desesperado, Ernestina, vengo á implorar tu perdon, aún puede remediarse todo.

—Déjeme V., no quiero entrar en explicaciones, porque es inútil cuanto me diga.

—Nó, tú me oirás, aún cuando no quieras. Ernestina, acuérdate del pasado...

—Y tiene V. valor para recordarlo? dijo Ernestina sombría y amenazadora.

—Sí, escúchame, todo ántes que ese frio desden.

—Pues bien sea, ya que V. lo quiere, contestó la poetisa con acento de fria amenaza. Siéntese V., añadió señalándole un sillón, y tomando asiento en otro; siéntese V. y óigame, ya que así lo ha querido, y peor para V. si sale V. de mi casa furioso, desesperado.

—Gran Dios! Qué quieres decir? preguntó el conde aterrado.

—Silencio! Escúcheme V. con atencion y no se queje, ya que así lo ha querido.

(Se continuará.)

E. FELJÓO Y DE MENDOZA.

## Explicacion del Figurin 1068.

FIG. 1.<sup>a</sup>—*Traje de sociedad*.—Vestido de seda color habana. La falda lisa, dibuja cola y forma pouf, recogida por medio de cintas ó presillas interiores. Adorna el delantero, ancho volante fruncido y encima un bullon orillado con dos ruches de raso de tono más oscuro. Otros dos bullones iguales, se repiten á regular distancia. La union del adorno del delantero á los paños de atrás de la falda, se oculta con gran lazo con caídas, de seda habana y raso más oscuro. El mismo bullon, orillado con las ruches, forma las graciosas aldetas de la chaqueta, y el cuello terminado en punta y orillado además por dos puntillas blancas. La manga ajustada hasta el codo, se completa con un bullon semejante y ancho volante fruncido; mangas interiores de encaje; grupo de margaritas en el cabello.

FIG. 2.<sup>a</sup>—*Traje de primavera*.—Vestido de foulard verde agua con túnica floreada. La falda de cola lleva un ancho volante tableado y encima bullon, orillado por dos ruches. Un volante más estrecho y una ruche de cabeza torcida, orillan la túnica, redonda por delante, recogida de los costados por muchas lazadas de cinta azul, y que cae por atrás en forma de manto, hasta la orilla misma del volante de la primera falda. Cuerpo escotado, que se completa con un fichú de muselina plegada, un bullon que lleva transparente azul y encaje blanco. Lazos de largas caídas en los hombros. La manga está formada por un volante con cabeza, sostenido en el centro por otro lazo. Un lazo igual cierra el fichú por delante. Collar, medallón y pendientes azules. Flores blancas y azules en el cabello.





## EL APTERYX.

El apteryx es un pájaro sin alas, y pertenece á la familia de las aves corredoras, como el avestruz y el casaor, aunque se separa bastante del tipo general; sus plumas son suaves y flexibles, y terminan con una especie de barbas que se asemejan á la crin, de modo, que el pájaro parece que va cubierto más bien de piel que de plumas. Su pico es largo, sus patas fuertes y grandes, le permiten correr; su tamaño es poco mayor que el de la gallina.

Habita en los bosques más espesos de la Nueva Zelanda, cuyos habitantes le llaman Isirvé; no se reúne en bandadas con otros de su especie; pero ordinariamente se le encuentra en parejas. Se alimenta de insectos que busca en los sitios pantanosos de noche, pues huye de la luz del sol, sin embargo de que su vista no es perspicaz en la oscuridad como la de las aves nocturnas, sus ojos son pequeños.

BENIGNO DONCEL.

El carnaval, que ha sido en París más animado y alegre que nunca, se promete resucitar como siempre, pero con nuevo é inusitado esplendor, en el jueves que señala la mitad de la Cuaresma, y que ellos llaman *Mi carême*.

Infinitos son los bailes de máscaras que se preparan, y sastres y modistas no tienen tiempo para confeccionar los caprichosos trajes encargados.

Es una verdadera locura.

En tiempos del imperio, el mejor baile de máscaras solía efectuarse en la Embajada de Austria, hoy pertenecen los honores al ilustre literato Mr. Arsene Houssaye, quien dará una pintoresca fiesta veneciana en su elegante *Hotel* de la avenida Friedland. Aquel palacio encantado, debe ser el punto de reunión de todas las celebridades sociales, artísticas y literarias, y así es indecible el afán con que se buscan, y aun se pagan á altísimo precio, las invitaciones.

Nuestro activo corresponsal en París, nos ha ofrecido enviarnos para el próximo número algunos modelos de los trajes que hayan obtenido mayor aceptación, y que quizás serán de suma utilidad á nuestras lectoras, si se confirman las esperanzas, muy fundadas, de que en la próxima Pascua, se darán bailes de trajes en algunas de las más elegantes casas de Madrid.

## CORRESPONDENCIA.

*La Primavera.*—No, hija mía, no deplora V. el no poder parecerse á esas amigas coquetas y ligeras, cuyas madres dejan en completa libertad, y que consiguen triunfos de salón, provocados por su inmodestia y su descaro. No: ese es un brillo pasajero, semejante á los meteoros de verano, que cruzan por un instante el ambiente para caer al suelo convertidos en tosca piedra.

Los hombres son más justos y más sensatos de lo que V. cree en su juvenil inexperiencia.

Es verdad que se agrupan en torno de esas diosas de salón; pero los homenajes que les tributan son frívolos como ellas, y rara vez las jóvenes que han brillado mucho en sociedad, encuentran un marido capaz de hacerlas dichosas. Los hombres conciben hacia ellas caprichos pasajeros, jamás pasiones sólidas. Continúe V. siendo lo que es: amable, pero juiciosa y reservada. Prepárese V. en la santidad y el recogimiento del hogar doméstico, para ejercer dignamente los sublimes sacerdocios de esposa y de madre, y aguarde V., fiando en la Providencia, al ser que debe completar el suyo, que si no fuese así, si no estuviese V. destinada para llevar á cabo esta mi-

sion, guardará V. al ménos para sus viejos días, el aprecio de sí misma y el aprecio de cuantos la rodean.

*Desde mi casita blanca.*—Mil gracias por sus elogios. Sólo acepto una parte de ellos; la que se refiere á mis deseos de complacer y agradar á nuestras suscriptoras. Ya que conserva con tanto esmero su *periódico querido*, voy á darle un consejo acerca de su encuadernación. Siendo un libro de consulta, al que recurre incesantemente, ya para buscar una labor ó una receta, debe V. encuadernar tan solo el texto, y formar con los figurines un álbum encuadernado aparte, y que dentro de algunos años será sumamente curioso y propio para tenerlo encima de una mesa.

V. L. *Sevilla.*—Tiene V. razón: el servicio doméstico está cada día más perdido; pero tienen los criados únicamente la culpa de que las cosas hayan llegado á tal extremo? Han desaparecido aquellos fieles servidores que nacían y morían en la casa de sus amos participando de sus penas y alegrías, de su fortuna próspera ó adversa; pero es porque han desaparecido los amos que los mira-



EL APTERYX.

ban como hijos, que se creían obligados á velar por ellos, y no los consideraban como cosas *indispensables*, sino como seres dotados de razón y sentimientos, iguales á nosotros ante el tribunal divino. Hoy, con tal que una doncella nos sirva bien, hacemos caso omiso de su conducta, y sin embargo esa conducta, tolerada por nuestro egoísmo, llega á ejercer una influencia funesta en la familia. Tráteles V. con consideración y caridad, no elija V. personas que no tengan buenos antecedentes, cuya conducta moral no sea digna, y de seguro hallará V. ménos motivos para quejarse de ellos. Una de las causas principales de su desmoralización es el lujo, y de él también tenemos nosotras la culpa, pues cuando nos creemos obligadas á hacerlas una fineza, hallamos más cómodo darlas nuestros viejos vestidos de seda, nuestros abrigos de modas exajeradas, que comprarlas un vestido nuevo de tela fuerte, para que le den la forma que más conviene á su estado. La doncella que se acostumbra á llevar un vestido de seda con cola, pronto ambicionará engalanarse con todas las frivolidades de la moda, y para conseguirlo recurrirá á extremos, á que quizás sin nuestra imprudencia, no hubiera recurrido nunca.

O. M.—El mejor medio para limpiar los muebles magueados y los bronce dorados, es el siguiente: Eche V. una gota de aceite de lino sobre un tarrugo de franela, si es para los muebles, ó sobre un cepillo blando si es para los bronce, frótelos V. en todos sentidos y séquelos con un lienzo, que quedarán perfectamente.

*La solitaria.*—Tratándose de casamientos no se mandan tarjetas más que á las personas que nos han dado parte, sean de la familia del novio ó de la novia. Jamás

deben mandarse á la familia nueva, si nuestras relaciones son con la antigua, ni mucho ménos á los recién casados, pues éstos, si desean nuestro trato, son los que deben visitarnos.

M. N. *Búrgos.*—Si desea V. una buena máquina de coser, dirijase V. á D. Antonio de Paz, en Santander. Cuantas personas lo han hecho, han quedado muy satisfechas de su puntualidad y su esmero en complacerlas.

*Las primeras violetas.*—Para un abuelo se viste seis meses de luto riguroso, y seis de alivio. Tenga V. paciencia: es V. muy joven, y tiempo la queda para lucir sus lindos vestidos de color.

*Las canas prematuras.*—No es solo un establecimiento de peluquería el que tiene la *Catalana*, Directora de la *Universal*, á quien hemos recomendado tantas veces, sino también de riquísima perfumería. Consúltela V. con toda confianza, y de seguro hallará remedio para conjurar el mal que la atormenta.

Soluciones á la charada inserta en el núm. 10, correspondiente al 10 de Marzo, por Doña María Josefa de Soria, de Málaga; Doña Salvadora Puig, de Barcelona; Doña Dorotea Brieres, de Lérida; Doña Carmen Severini, de Málaga; Doña Leonor Quiroga, de Valencia; Doña Santos Guevara, de San Sebastian; Doña Primitiva Amores, de Tarragona; Doña Gertrudis Llesca, de Búrgos; Doña Lucinda Martínez, de Madrid, y los Sres. D. Pascual Hernan y D. Segundo Orxila de Tarazona.

## CHARADA.

Prima y segunda  
No vale un bledo,  
En mercancías  
De poco peso.

En tercia y cuarta  
A un mismo tiempo,  
Dos muy distintas  
Cosas contemplo.

Vale una de ellas  
Cuento de cuentos,  
Y no de reales  
Sino de pesos.

Y la otra nada  
Ó igual á cero,  
Porque es el nombre  
Que convinieron  
Darle á una suerte  
De un lindo juego.

Si á prima y tercia  
Segunda agrego,  
Un apellido  
Formo al momento.  
Antiguo y noble  
Como el primero,  
De los ya pocos  
De su abolengo.

En fin, si al todo  
Bajo un concepto  
Se considera,  
Nada más veo  
Que un pedacito  
De tabla ó leño,  
Del cual hacían  
Nuestros abuelos  
Uso en sus casas,  
Y aun hoy le hacemos:  
Pero no es ese  
El verdadero,  
Que en la charada  
Yo me he propuesto,  
Por que es persona  
de carne y hueso,  
A quien achacán  
Ciertos defectos,  
Bien disculpables  
Por ser de génio.  
Pues en el mundo,  
Todos sabemos,  
Que en él no hay nada,  
Que sea perfecto.

Febrero 13 de 1873.

JERÓNIMO COUDER.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> Edición recibirán con este número el Figurín iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet (antes Hiedra) 7.



DERECHO.

Núm. 1.—**Abanico de encaje irlandés.**—La tren-  
cilla para los contornos debe ser muy fina, llenando los huecos  
con los diferentes puntos de calado que indica el dibujo. Termi-  
nada la labor, se coloca sobre un transparente de seda de color  
y se monta ó se manda montar al abanico que se quiera.

Núm. 2.—**Almohadon de sofá.**—El dibujo da los con-  
tornos de la cuarta parte del bordado que se ejecuta sobre tela  
cruda ó foulard á feston, con cordoncillo de seda más oscuro.  
Concluido el bordado, se recorta por el revés la tela en la parte  
exterior de los contornos. El almohadon se cubre de tafetán ó  
raso, colocando encima el bordado, y se guarnece todo alrededor  
con una doble ruche de seda piada y lazos de lo mismo.

Núm. 3.—**Tapete para mesa.**—Bordado á feston y fes-  
ton.—Puede bordarse en lana, repa ó paño. En este último caso  
será más rico, pudiendo realzarse el bordado con trenquilla de oro.  
Se agranda lo que se quiere repitiendo más ó menos los meda-  
llones, y se le adorna con una rica franja de lana del color del  
fondo.

Núm. 4.—**Almohadon para repecho de ven-  
tana.**—El bordado es á feston, y puede utilizarse para por-  
tieres, cortinajes, etc. Si se le destina al uso que marca el mo-  
delo, debe guarnecerse con fleco de madroños.

Núm. 5.—**Alfombra de caza.**—Constituye un precioso  
regalo para un caballero. Materiales: paño color de grano para el  
fondo de la cenefa, un tono más claro y dos tonos de paño ver-  
de. Cordoncillo de seda de los diversos tonos, seda negra, una  
piel de corzo para el fondo de la alfombra. El bordado de aplica-  
cion se ejecuta á feston y punto de espiga. La cenefa mide 23  
centímetros de ancho; la alfombra 120 de largo por 24 de ancho.  
Las hojas se recortan en paño verde de dos tonos; los contornos  
de las ramas y los troncos se marcan con cordoncillo color de  
grano. Las bellotas y las cabezas de los animales, en paño color  
de gamo, van cercadas á punto de feston con seda de tono más  
claro. Los ojos y la boca se marcan con una línea negra.

Núm. 6.—Bordado á cadeneta y realce para adornar una bata de  
mahans.

Núm. 7.—**Pié para lámpara.**—Pintura sobre madera.  
La cenefa exterior y el centro se obtienen por medio del claro  
oscuro; la guirnalda de rosas se pinta con sus colores naturales.

Núm. 8.—**Cenefa para tapete, vestidos y otros mil obje-  
tos.**—Bordada con cordoncillo de seda.

Núms. 9 y 10.—Dos dibujos de aplicacion para adornar los ob-  
jetos que se quiera. Los modelos representan aplicaciones de  
tela gris festoneada con seda gris y perfiladas con seda marrón;

Núms. 11 y 12.—Dos ángulos para cuello. Bordado plumetis so-  
bre batista.

Núms. 13 y 14.—Dos cenefas bordadas á plumetis.

Núms. 15 á 18.—Iniciales entrelazadas y una corona.

Núms. 19 y 20.—Dibujos de bordados para trajes y abrigos.

REVÉS.

**Elegante abrigo de primavera.**—Aunque el modelo  
es de terciopelo negro, puede hacerse del género que se quiera,  
adornándolo siempre con bieses de raso negro y volantes de en-  
caje Chantilly.

Por delante forma manteleta, y se ajusta en el talle con un cintu-  
ron de largas caídas, que se fijan á un lado. La espalda se completa  
con un ancho paño sujeto en el talle con un gran lazo de terciopelo,  
y encima otro de raso guarnecido de puntilla. El volante del hombro  
va en disminucion hacia el talle, figurando de este modo la manga.  
El patron consta de dos pedazos.

Núm. 1.—Manteleta.

Núm. 2.—Paño que completa la espalda.

**Escudo y vuellillos para magistrados.**—El es-  
cudo se borda en oro ó en blanco, como se quiera. El almohadon  
sobre el cual descansa la espada, debe bordarse á realce. Los  
vuellillos se bordan en una tela muy fina, multiplicando cuanto  
se pueda los calados para que luzcan encima de la manga.

**Faustina.** bordado al pasado.

**Escudo para pañuelo.** bordado tambien al pasado.

**Loma.** bordado á plumetis y cordoncillo.



Nº 1.

ABRIGO-MANTELETA.

Hombro.

Delantero.

Nº 2. Paño que completa la espalda.

Espalda.





